

mo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

Estaba encantadora: sus mejillas tomaban los tintes de la adelfa roja, sus ojos fulgían negros y rasgados; su brazo desnudo descansaba en mí.

La he mirado y sentido una sensación indecible. He visto con ansia deleitosa entreabrirse sus labios bermejos. Mi mano ha oprimido su mano.

El amor, el eterno amor, ley misteriosa de la vida, surgía una vez más sobre todas las oposiciones del pensamiento y todas las veleidades de la materia, como cópula eterna.

EL COCIDO AMARILLO

Es una bonita leyenda. Y, además, es la leyenda de los corazones sensibles... que no sienten sobre los andamios el espasmo del vértigo. Han llegado las primeras heladas, las mañanas grises en que flotan en el ambiente los jirones de niebla, que son como el armiño del pobre; han llegado las tardes de aquilón y llovizna. El fuego está encendido en la chimenea; la vajilla despide sus reflejos en el aparador tallado; nuestros pies se hunden en las alfombras y nuestras miradas descansan apacibles entre los pliegues de los cortinajes. El pobre, entre tanto, trabaja: en el campo cubierto de escarcha, en el taller destartelado y abierto á las corrientes del cierzo, en el andamiaje que se columpia al soplo del vendaval, en el escurridizo alero presto á doblarse bajo el peso del inexperto aprendiz. No tiene el pobre chimeneas, ni alfombras, ni cortinajes, ni

porcelanas. En cambio, tiene... su cocido amarillo.

Es un manjar de reflejos áureos, que des- pide en vahos humeantes la perfumada esencia del azafrán. En su seno la patata blanquea, como la perla en el ceñidor; allí está la carne jugosa, como una cortesana entre nardos. El pobre devora aquel manjar con ansia; el rico pasa y suspira: él también se sentaría allí, empuñaría su cuchara de boj y devoraría el manjar bien oliente. ¡Ah, digan lo que quieran los sociólogos, son dichosos los pobres!

Porque en esa leyenda está todo. El concepto que del pobre tiene el burgués, la idea que se forma de su estado y aun la idea transcendentalista de la vida, de la justicia y de la caridad. La verdadera miseria no está para él bajo la desgarrada blusa ni el agujereado mantón; la cubre la vergonzante levita que lleva en sus raídas urdimbres el orgullo de una grandeza que no es, que no ha sido, que tal vez no será, como mostraba el estóico su soberbia bajo los agujeros de su túnica; se halla escondida en el atavío ajado y pretencioso de la señorita sin dote; en el calzado retocado con tinta del empleado de poco sueldo, en la sotana llena de máculas gloriosas del cura de aldea; en el sombrero desfelpado del juriconsulto

sin clientes; en todo ese montón de trapos deslucidos, recompuestos y emperifollados, bajo los cuales pasea su penuria y escaso fuste la muchedumbre de esas gentes que, en los melodramas del año cuarenta, quiere trabajar de porteadora y no puede con el baúl, pretende bregar en el taller y es arrojada por los sarcasmos del populacho, quiere pedir y no se atreve, ansía morir y le falta valor para desplomarse en la tenebrosidad infinita.

La infeliz pensionista entra en su vivienda obscura, estrecha, desmantelada; pero vivienda, en fin. ¡Pobrecilla!, decimos. ¡Esa, esa es la verdadera miseria! A su puerta queda una mujer recogiendo trapos, vendiendo en una esquina la hoja extraordinaria, helándose hasta la médula, desfalleciendo de hambre, de dolor, de angustia. Pero eso nada nos importa; su agonía no es teatral, no se engalana con falsas retóricas ni vergonzosas hipocresías. Allí viene el cesante, escondiendo bajo la capa deshilachada un panecillo. ¡Pobre señor! ¡Cuánta humillación y cuánta miseria! Enfrente, un niño yace dormido sobre un frío batiente de piedra. La lluvia le azota, el viento le hiere acaso de muerte; pero le contemplamos impasibles, y aun decimos no pocas veces con envidia:

—¡Quién pudiera dormir así!

Es el *cursilismo* , la sensiblería, el lirismo de brocha gorda, elevado á criterio moral. Es la estolidez que nos lleva á compadecer al tramposo, al vividor, al parásito, al majadero que pretende pasar por aristócrata, debiendo empuñar gallardamente un azadón, y menospreciar al ciudadano útil, al laborioso, al humilde, á quien, por injusticias de la sociedad, todo le falta. Es la percepción tosca de la realidad, la falta de exquisita perspicacia, el no ver más allá de nuestras narices, lo que nos induce á compadecer al perezoso, que se avergüenza de trabajar, que tiene buen ó mal albergue, luz, calor, alimento, vida, y vejar al trabajador incansable, que no hace del traje ni de la educación artificiosa y convencional una barrera, á quien todo le falta, porque á nadie explota, porque á expensas de nadie vive, y cuyos hijos mueren á centenares, amontonados como fieras en inmundos cubiles y arrojados en manadas á los presidios y al lupanar.

Vemos á una viuda sofocada por un talego enorme de ropa ó enterrada en el fango junto al río, en las mañanas de hielo y nieve; la vemos rodeada de niños famélicos, llorosa, injuriada por todos, y creemos que aquella mujer no tiene nervios ni sensibili-

dad; la envidiamos acaso porque engulle un cocido coloreado por el pimentón, duro y desagradable, cuando no nauseabundo. Pero esa viuda se llama Eugenia Bonaparte ó Margarita de Saboya; ha visto su retrato de amazona bética en el Louvre, ó ha sido saludada por Carducci como hermana mayor de la virgen que llora y sonríe; esa viuda es una figura interesante y lánguida que pasea sus añoranzas en yate. ¡Oh, pobre viuda! ¡Oh, mujer desgraciada! Lloramos como la *vergineta* y nos sentimos compasivos. Encontramos á una mujer arrojada á puntapiés de su buhardilla por un malvado ébrio: la hallamos pregonando una ruín mercancía con voz que no se sabe si es sollozo ó pregón, perseguida por los representantes del orden como corzo en el matorral; la miramos tal vez en el campo roturando como una bestia de carga, ó en el fondo de una mina cargada como un genio de los antros, y envidiamos el hambre con que devora su pan de munición ó borona, como si el ser hambriento fuera una preeminencia ó como si los pobres no tuviesen jamás dolencias y amarguras. Pero esa mujer desdenada de su marido es la reina de Servia. ¡Qué grande es entonces el desamparo! Su infortunio es el nuestro, su desgracia la hacemos propia. ¡Pobre reina, condenada á

residir en los grandes hoteles y á recibir los holocaustos de toda la juventud florida que gira en torno suyo y procura perpetuar la leyenda de su hermosura ó su liviandad!

Es el *cursilismo*, la ordinariez de espíritu, la sensiblería. Es hora de quitar la venda á las almas justas, de despertar á las inteligencias, de aliviarlas del pisón informe de la rutina, de la moral de escenario, de la caridad alumbrada por candilejas. Compadecemos todos los infortunios, pero guardemos nuestra actividad redentora para aquellos que son más verdaderos, más intensos, más irremediables. Olvidemos, si nuestro corazón es tan duro, la miseria de los desheredados; pero, ¡por Dios!, no les envidiemos su cocido amarillo. ¿Tan difícil es echar al puchero cinco céntimos de azafrán?

HACIA ADELANTE

Iracundias que se desbordan, enconos que rompen su envoltura, deseos mal contenidos de venganza y desquite; todo eso aparece en los partidarios de una regresión imposible al señalar el innegable descrédito, la indiscutible decadencia del régimen parlamentario.

No pueden olvidarlo. Ese régimen señaló los albores de la Democracia. Fué desde la tribuna desde donde se definió la soberanía como algo imprescriptible é inalienable; fué en las primeras Cámaras donde se pronunció la palabra pueblo para enaltecerla, donde se negó por primera vez el derecho divino de los reyes, donde se emancipó el pensamiento de la tutela del dogmatismo, donde se asentaron los primeros principios de la emancipación y de la Libertad.

A impulsos de ese régimen se desarrollaron todas las afirmaciones de la colosal

revolución política que representa el siglo XIX. Por su labor, el esclavo sacudió sus cadenas y el siervo se hizo libre; por su esfuerzo, la mujer adquirió dignidad de madre y patria y potestad sobre sus hijos. Las Constituciones surgieron á consagrar la libre indagación, la inviolabilidad del domicilio y de la persona, á permitir la asociación, á enaltecer la dignidad humana, á convertir á la prensa en poder, á la cátedra en luz de vida, al ciudadano en árbitro de sus propios destinos.

Y es ese régimen tan temido, tan odiado, objeto de tanta abominación y tanto furor, el que se derrumba. Es ese régimen el que se desploma en medio del sarcasmo de sus mismos adeptos. Todo con él acaba: á la inmanencia de la soberanía sucederá de nuevo la transcendencia del poder; á la Democracia, el derecho divino; á la Libertad, la servidumbre. La Cámara volverá á ser trinquete, y sobre la columna de Julio se reedificará la Bastilla para hacer olvidar hasta el recuerdo mismo de una obra de redención que no ha sido y de una centuria que no ha pasado.

Es un error que supone al tiempo ineficaz, á la Naturaleza estéril, al progreso imposible. Mueren los hombres y las cosas, pero su obra queda. Muere Grecia, pero el Oriente no

resurge; pasa Roma, mas no vuelve el derecho patriarcal; se extingue la Edad Media, mas no retorna el paganismo. Porque la semilla de toda evolución germina y el tiempo sabe escribir el *nom omnis moriar* sobre las ruinas de toda civilización y los informes restos de todo movimiento social.

El régimen parlamentario se transforma, perece acaso; pero como obra suya queda la Democracia. El concepto kantiano del Derecho y de la Libertad que le dió vida, pasa, se modifica, desaparece acaso; pero como fruto preciado de la investigación idealista queda la afirmación de la inmanencia en todas las esferas del pensamiento y del vivir.

El régimen parlamentario, al menos en su forma actual, desaparecerá. ¿Qué importa? No es un mal desaparecer cuando se han realizado gloriosos destinos. Pero desaparecerá para dejar su lugar á una forma nueva de progreso, caerá para que sobre sus cimientos, aún firmes, se asiente el nuevo alcázar de la representación social. Nunca para restaurar el pasado, jamás para volver á ideales muertos, fórmulas vacías, afirmaciones imposibles, porque no pueden coexistir con las que ha consagrado la labor de la reflexión y el imperativo de la conciencia.

Cuando se despierta en medio de un crepúsculo, parece imposible distinguir si es el día el que rasga las nieblas ó es la sombra la que se extiende. Pero la ilusión dura breves instantes.}La coloración va siendo gradual; la luz va ascendiendo y acaba por romper en destellos radiosos; los objetos toman relieve y los seres vivos se estremecen al contacto de un beso de fuego. Ha llegado el día.

No se alegren, no, los amigos de lo que fué. No es la Democracia quien muere; no es el Progreso quien agoniza. Es una forma vana, un convencionalismo sin realidad, un molde que se rompe, como la cáscara del fruto en sazón. Ni se alzan los sudarios ni se abren los sepulcros. En medio de la ruina aparente de tanto esplendor y de tanta grandeza, la evolución avanza, el Progreso se realiza, la Humanidad sigue su camino.

HEDONISMO

«Somos más cultos, más artistas, más fuertes que nuestros antepasados; pero somos peores.» Tal es el grito de los amantes de lo que fué. En su sentir, el utilitarismo nos mata. Ya no conmueven al hombre los estímulos de la creencia; no se lucha por dioses, sino por discos de metal; ya no conmueve á las muchedumbres la belleza clásica, ni el civismo gentilicio, ni el honor medioeval. La aspiración moderna no se llama ni Budha, ni Jesús, ni Libertad, ni Patria, ni siquiera César ó Napoleón. Se llama *pan*, como el dios de la tierra.

Satisfacer las necesidades del organismo, producir, cambiar, consumir. Pasar la vida en inacabables festines sardanapalescos, saciar el ansia de una imaginación ávida de sensaciones ignoradas. Comer, beber, gozar, dormir; tal es la moderna obsesión. Pero, cuando todos los hombres se hayan

revolcado en su lecho de puerco ahíto, ¿qué quedará de esos grandes conceptos, de esas generosas y nobles ideas, sin las cuales el mundo es cloaca, la naturaleza infame triclino, y la vida grosero espasmo, que destruye y agota las causas mismas del vivir?

* * *

Es cierto: se lucha por la felicidad, por el pan y el vino, por el amor que aniquila y el opio que embriaga. Mas, ¿por qué se ha luchado siempre? So pretexto de Civilización, de Fé, de Democracia, de Derecho divino, se ha defendido siempre el interés humano. Tiene razón el autor de *Las mentiras convencionales*. El heroísmo de un Genserico, de un Atila, de un Gengis Khan, de un Guillermo de Normandía, tuvo su origen en el estómago, y en los campos de batalla más sangrientos y gloriosos que los poetas cantan y en que la Historia se deleita, se ha jugado siempre el pan y la carne con dados de hierro.

Troya no es Aquiles, ni siquiera Helena: es el vientre de Menelao. Farsalia es el apetito de César, como Austerlitz la sed de Bonaparte. Lo que ocurre es que antes había que deslumbrar á las muchedumbres para conquistar el manjar de unos pocos.

Hoy lo que se pide es el alimento de todos, que por algo se llama *pan*.

* * *

¡La felicidad! ¿Por qué ha de ser opuesta al bien? Si alguna misión trae á la vida este siglo es la de acabar con todos los dualismos: espíritu y materia, idea y realidad, pensamiento y vida, Dios y mundo, cielo y tierra, orden y libertad, capital y trabajo, felicidad y bien. Si el siglo xvi es un cilio, el xx es una copa de oro en cuyo fondo la sabiduría debe estar desleída como las perlas de Trymalción.

¡La felicidad! Es por ella por lo que se agita el asceta en su celda, y en su claustro la virgen, y en su tienda el soldado, y el marinero sobre las aguas salobres. Es por ella por quien pensamos, nos movemos y sentimos. Religión, Arte, Ciencia, Industria, son medios de alcanzarla. ¿Que la dicha es un ensueño imposible? Dejarnos esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidnos que alcemos la mirada á la felicidad, como la alza el minero al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo. Si vivir es dormir, hagamos lo que Hamlet y Segismun-

do: entornemos los párpados y ¡soñemos, alma, soñemos!

* * *

No; no es todo codicia en esta sociedad desgarrada; no es sólo su sed y su hambre de vino y de pan. No ha sustituido, como el avaro, la felicidad por la riqueza estéril. Tiene somnolencias de algo justo y grande, siente nostalgias de un mundo mejor, sabe que el amor á la dicha es una escalera cuyo primer peldaño se llama egoísmo y el último amor á cuanto siente y vive. No es vergüenza pedir el pan cuando se pide para todos, no hay desdoro en reclamar el manto de Lais para preservar del frío á Cornelia. No hay prosaismo en alzarse contra los impuestos sobre el vino y la leche, cuando se quiere llevar el fuego de las vides á las flácidas venas del octogenario y la frescura de las ubres á los pálidos labios del niño enfermo.

* * *

Los poderosos, los monopolizadores de la dicha ajena, los que todos lo quieren para sí, son á veces poetas, como lo fué el hijo de Agripina, y acusan al pueblo de egoísmo.

—Lucháis por la riqueza, braman airados, y la riqueza es prosa.

Pero ellos, como el ricacho de Molière, quieren seguir viviendo en prosa... sin saberlo.

La nobleza francesa tuvo su 4 de Agosto y supo al fin morir con gallardía.

Es hora de que los enemigos del bienestar vayan aprendiendo, como los luchadores circenses, á caer con decoro.

UN VENCIDO

—«¡Bonifé!»

Es una voz dulce, melancólica, que todas las mañanas oigo entre sueños. Ha llegado la hora de clase y mi vecina llama al chiquitín; un niño pálido, tristoncillo, que duerme en su regazo como el lebratillo en la madriguera, como el pajarillo sobre el plumón, como duerme el polluelo del cisne, al calor de su madre vigilante que le cubre bajo sus alas.

—«¡Bonifé!»

El niño se despereza y sonrío. La madre le viste, le lava, le prepara el tazón de azucarada leche. La mañana es fría y ¡el Instituto está tan lejos! Le ciñe el abriguito que ha confeccionado ella misma.—«¡Bonifé, que te tapes el cuello!» «¡Bonifé, que no sudés y te pongas á la corriente!» El niño se llama Bonifacio, pero á la madre le parece la contracción más tierna. Suena la

puerta; el niño se marcha y, entre sueños, me parece escuchar un suspiro.

Es un sacrificio, más que penoso, heroico, el que se impone esa desdichada mujer para que su hijo coma y vista y estudie. Tiene de pensión una peseta; pero cose y asiste y hace faldas y arregla sombreros. ¡Qué vida más triste! Pero, no; el niño tiene mucho talento; todo el mundo lo dice y hay que hacer algún sacrificio. Cuando vuelve, pálido, como siempre, con esa seriedad precoz que en él no es sino el sentimiento de la miseria y de la orfandad, mi vecina sonrío, lo olvida todo. De aquella criatura enfermita, débil, desamparada, ella hará un hombre.

¿Habéis visto á los niños entrar en las aulas? Todo aquello les parece muy grande, muy frío. El edificio, con sus grandes ventanas y sus puertas de enormes clavazones; el ingreso, con sus batientes de piedra, desgastados por otras generaciones que duermen ya el sueño de la eternidad; los patios enlosados, solitarios y cubiertos de yerbas como los de esos viejos alcázares que, por ser ya de todos, no tienen dueño. Aquellos empleados rígidos con sus gorras galoneadas, las aulas frías y espaciosas con sus bancos en hileras simétricas y sus vitrinas llenas de pedruscos, enormes zancudas y aparatos de uso ignorado. Sienten los flaman-

tes escolares algo así como frío y temor al sentarse al pie de la cátedra y sentir por primera vez la necesidad de la lucha.

El profesor aparece: es un señor estirado y de voz gutural, que va pasando lista y aún se permite á veces sus chanzonetas con algún alumno alicortado. Luego recomienda su libro: un mamotreto de trescientas páginas en cuarto mayor á la holandesa, con temas y ejercicios, atiborrado de ciencia é investigación cachazuda. Doce pesetas: ni una más, ni una menos; pero como los niños tienen seis clases, han de gastar los padres una cantidad nada mezquina en esos mentores de la niñez. Bonifacio los tiene todos: los he visto. ¡Qué libros, santo Dios! Allí se mata en germen la espontaneidad, la inteligencia y el buen sentido. Mas la infancia triunfa de todo. En aquel caserón informe, en aquella necrópolis de ideas donde se frustra el porvenir, en aquel antro negro donde se eleva el trípode de la indigesta ciencia oficial, ¿no lo escucháis?, los niños ríen.

Mi vecina no sosiega ni da paz á los nervios hasta que su hijo vuelve. A lo mejor, aparece el niño: viene desencajado y lloroso; el profesor no ha hallado de su gusto la *conferencia*. Esto, á la primera lección. No ha sabido explicar claramente la composi-

ción de la tierra, ó el origen del lenguaje, ó el Misterio de la Santísima Trinidad. La madre registra los libros, aquellos libros que ella no entiende y quisiera entender, á costa de su sangre, cuyos hinchados parrafazos querría incrustar en aquel cerebro infantil. Todo es muy oscuro, muy extenso, muy gárrulo, contradictorio y desagradable. Lo peor es que el pequenuelo tiene amor propio, y allá se encierra, á estudiar la lección, con los ojos desencajados y lacrimosos y la frente hecha un hervidero y el pulso febril, á leerlo todo, á desentrañar aquel dédalo de principios abstractos y dogmatismos abstrusos y definiciones rimbombantes, en que el autor ha quintaesenciado, por doce pesetas, sus lecturas manidas y sus lucubraciones de opositor á cátedras.

Hace pocos días mi vecinito ha caído enfermo. He sentido á las altas horas los pasos de la madre, cautelosos, blandos, como los del plantígrado; he oído el timbre de la cucharilla metálica agitándose en las tisanas bien olientes. Hay luz toda la noche, y con los gemidos apagados del pequeño paciente han alternado llantos y cuchicheos. Al despertarme, tarde ya, me he asomado al balcón; caía una fría y espesa llovizna. En aquel momento los niños estarían en clase, alzando sus cabecitas rapadas, reci-

tando de coro todos los verbosirregulares ó rememorando el número exacto de habitantes de todos los cantones suizos.

Hay que saber. Es la fiebre que nos aqueja; hay que saberlo todo, con pelos y señales, sobrecargar la inteligencia para que no nos adelanten los demás. Apenas si hay puesto para unos pocos y nos precisa conquistar uno de esos puestos en la falange de los triunfadores. Además, la selección no se hace atendiendo á la reflexión, sino á la memoria; á la virtud, sino á la actividad. Y á ese estadio, donde tantos son vencidos, donde apenas si hay grano de arena sin huellas de lágrimas, arrojamos á nuestros hijos para que se agiten, luchen y vengán, ó se desplomen humillados y jadeantes; pero mostrando en su vencimiento algún decoro.

Observad á los niños al comenzar el curso: todos tienen la mejilla encendida, como fruta en sazón; todos muestran labios bermejos, que se plegan á la sonrisa, como pétalos de geráneo al contacto de la libélula; todos llevan fulgor en los ojos abiertos, con la curiosidad que, perdiendo á Eva, santificó el mundo por el trabajo. Pero cuando llegan los días de reclusión y las noches en vela, cuando la proximidad del examen acelera su pulso y hace palpitar en su pe-

cho la inquietud y el terror, todos muestran las cejas fruncidas y las mejillas incoloras, y en su fisonomía, prematuramente tenebrosa, impreso el doliente gesto de Epicteto, que, sabiéndolo todo, es esclavo.

Esta mañana he visto los cristales empañados por la primera escarcha. He abierto la ventana, y un viento penetrante se ha deslizado por todos mis músculos. Entonces he pensado en los niños: en los niños quietos y atentos en el aula, empapados acaso en la niebla, pero con la frente caldeada por el esfuerzo, dolorida por la fatiga cerebral.

Entonces he sabido que mi vecinito moría. ¿De qué? De todo y de nada. De dolor y cansancio, de exaltación y debilidad, de terror y de angustia.

He sentido la voz sollozante de la madre.

—«¡Bonifé!»

Pero nada le ha respondido. El niño ha doblado su cuello de cisne; el ángel ha tendido sus alas á la región donde todo se sabe, ó donde, para bienestar de las almas ingenuas, todo se ignora.